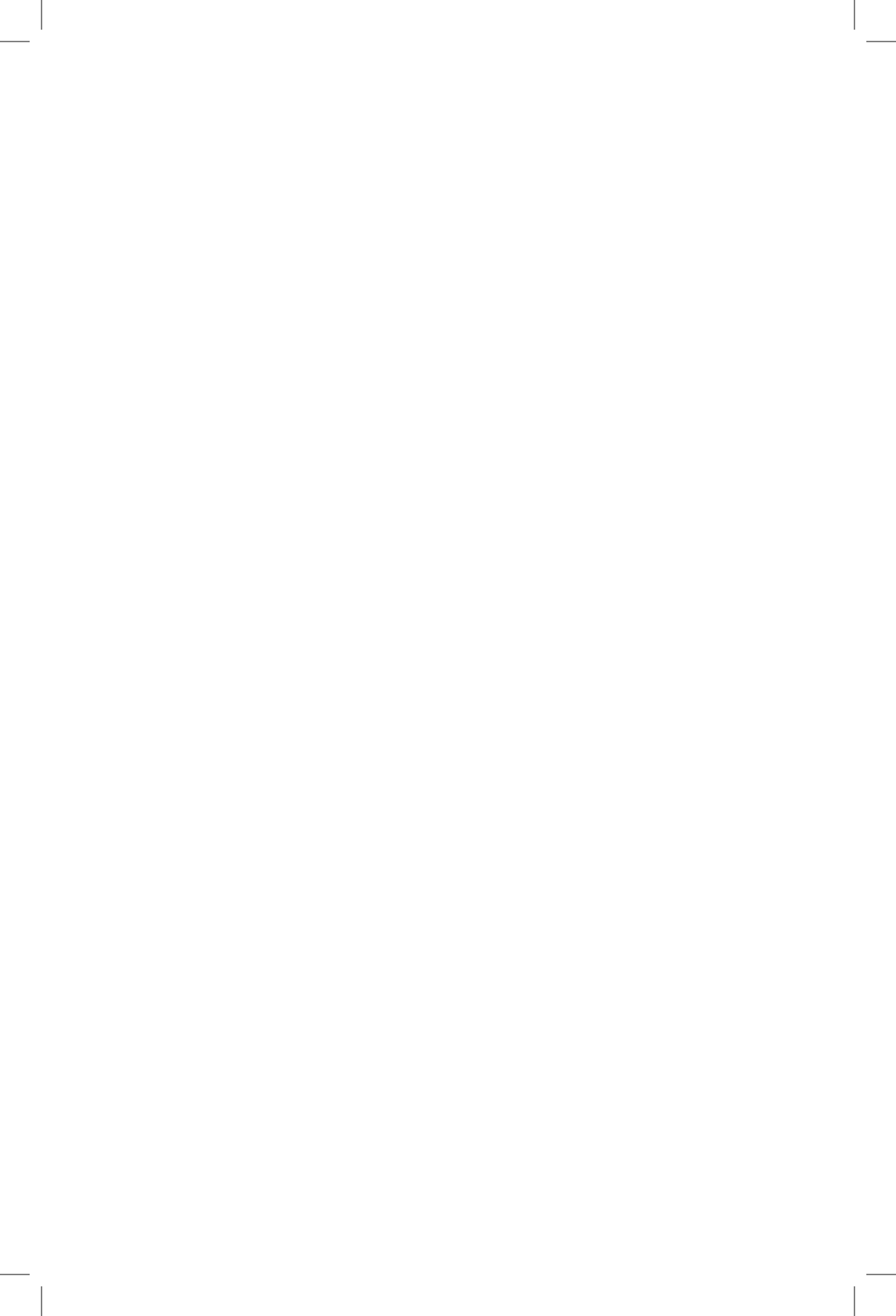






Cuatro años bajo la Media Luna



Rafael de Nogales

CUATRO AÑOS
BAJO LA MEDIA LUNA

Prólogo de Javier González-Cotta



ALMUZARA
2015

© de esta edición: EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2015

Primera edición en Almuzara: junio, 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

EDITORIAL ALMUZARA • Memorias y biografías

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Editor: DAVID GONZÁLEZ ROMERO

www.editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Diseño y preimpresión: EQUIPO ALMUZARA

Maquetación y corrección: DECULTURAS, S. COOP. AND.

Impresión y encuadernación: GRÁFICAS LA PAZ

I.S.B.N. 978-84-16392-10-0

DEPÓSITO LEGAL: CO-865-2015

BIC: BGA; HBWN

Hecho e impreso en España. *Made and printed in Spain*

Esta modesta obra, escrita con la tosca pluma de un soldado, la dedico respetuosamente a la memoria de mis compatriotas latinoamericanos, desde México hasta la Argentina, que durante la Guerra Magna supieron combatir y morir con gloria para mantener en alto la tradición guerrera de nuestra raza.

Rafael de Nogales Méndez



ÍNDICE

Nogales Bey cabalga de nuevo, POR JAVIER GONZÁLEZ-COTTA	11
CUATRO AÑOS BAJO LA MEDIA LUNA	23
MAPA DEL IMPERIO OTOMANO (1903-1918)	25
CAPÍTULO I	27
CAPÍTULO II	35
CAPÍTULO III	49
CAPÍTULO IV	59
CAPÍTULO V	66
CAPÍTULO VI	73
CAPÍTULO VII	84
CAPÍTULO VIII	105
CAPÍTULO IX	114
CAPÍTULO X	137
CAPÍTULO XI	156
CAPÍTULO XII	176
CAPÍTULO XIII	190
CAPÍTULO XIV	202
CAPÍTULO XV	210

CAPÍTULO XVI	217
CAPÍTULO XVII	227
CAPÍTULO XVIII	248
CAPÍTULO XIX	263
CAPÍTULO XX	270
CAPÍTULO XXI	280
CAPÍTULO XXII	293
CAPÍTULO XXIII	315
CAPÍTULO XXIV	332
CAPÍTULO XXV	359
CAPÍTULO XXVI	380
CAPÍTULO XXVII	387
CAPÍTULO XXVIII	400
CAPÍTULO XXIX	411
CAPÍTULO XXX	420
CAPÍTULO XXXI	429
CAPÍTULO XXXII	440
CAPÍTULO XXXIII	452

CUATRO AÑOS
BAJO LA MEDIA LUNA



RUMANIA

SERBIA

BULGARIA

MA

Bosnia

Sarajevo

Kosovo

Shkodra

Manastrir

Salónica

Adrianópolis

Estambul

Kadikóy

Constantinopla

Galipoli

Angora

Yanya

GRECIA

Vilayato

del

Archipiélago

Konya

Iraklio

Creta

MAR MEDITERRÁNEO

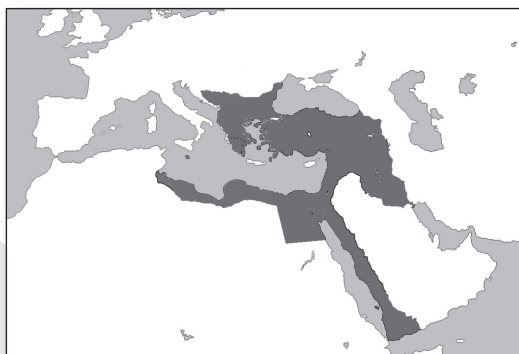
Jedivato de Egipto

El Cairo

Suez

Sinaí

MAR NEGRO



Cáucaso

Kastamonu

Trabzon

gora

Sivas

Erzincan

Erzurum

Nairi (Urartu)

Ararat

Malatya

Van

Tabriz

Diyarbakir

Siirt

Adana

Bir-es-Sabah

Mardin

Mosul

Alejandreta

Alepo

Deir ez-Zor

Musul

PERSIA

g o

Tikrit

Beirut

Mesopotamia

Beirut

Damasco

Bagdad

Siria

Babilonia

Palestina

Jerusalén

Kut-al-Amara

Gaza

Hiyaz

Basora

uez

Emirato de Kuwait



CAPÍTULO I

Érase a fines de agosto de 1914, mientras me hallaba viajando de Curaçao a Trinidad para ponerme al habla con algunos compañeros de Causa, cuando, al tocar en la pequeña Antilla de San Martín, supe que había estallado la Guerra Mundial, y al llegar a Trinidad, que Venezuela había declarado su neutralidad.

Haber seguido hostilizando al Gobierno del presidente Gómez en tales circunstancias, hubiera sido hasta antipatriótico de mi parte. Por lo tanto desistí de mis planes, y no obstante el hecho de haberme criado y educado en Alemania, resolví sacrificar mis simpatías personales en aras de la raza latina, yendo a ofrendar mis modestos servicios a la pequeña pero heroica Bélgica, que se había convertido de la noche a la mañana en el campeón de las naciones débiles aunque conscientes de su honor e independencia. Y a pesar de la presencia, en aquellas aguas, de varios cruceros alemanes que dificultaban la salida de los barcos pertenecientes a la Entente, siempre logré embarcarme en Martinica, a fines de septiembre, en el vapor correo de Cayena con destino a Europa.

Después de un viaje de dos o tres semanas salté por fin a tierra en Burdeos, que hallé convertido en un pequeño París a causa del cuerpo diplomático y los altos poderes de la nación, que acababan de llegar huyendo ante la ofensiva del general von Klück. Y sin detenerme más tiempo que el necesario para orientarme sobre el curso que había ido tomando la guerra, seguí viaje para Flandes por la vía de París.

Al llegar al Havre, supe la caída de Amberes. No obstante, me embarqué para Londres, y, provisto de un pasaporte directo para Bélgica, desembarqué en Calais, que encontré atestado de refugiados belgas y franceses. Los hoteles estaban repletos. El resto de la noche me lo pasé sentado en una butaca, ya no recuerdo dónde.

A la mañana siguiente, me presenté ante el jefe de la Misión Militar belga, que era un coronel de cierta edad y quien, después de escucharme atentamente, me advirtió que mi admisión en el ejército regular belga era imposible por aquello de que yo no pertenecía a una nación aliada. Mas, y como para atenuar en lo dable mi desencanto, me aconsejó fuera a consultar mi caso con el ministro de Relaciones Exteriores belga en Dunquerque.

Agradecido de su consejo, me propuse seguirlo aquella misma tarde. Y aprovechando el tiempo que todavía faltaba para la salida del tren, fui a dar una vuelta por la ciudad que ofrecía un aspecto lúgubre a la vez que animadísimo.

Al parecer, se estaba librando una batalla Dios sabe dónde. Autos cargados de heridos amigos y enemigos iban y seguían llegando sin cesar. Destacamentos y unidades belgas, frescas o reorganizadas, atravesaban en todas direcciones una apretada muchedumbre, compuesta en su mayor parte de niños y mujeres procedentes de los distritos devastados y cargando a costas lo poco que habían logrado salvar durante su fuga. La falta de alojamientos era tan grande, que muchos de aquellos desgraciados se veían obligados a pernoctar a la intemperie, no obstante los esfuerzos generosos de las autoridades francesas por aliviar su suerte.

Y por encima del murmullo de las masas, del claqueteo incesante de los zuecos sobre el empedrado y el ruido ensordecedor de la artillería al desfilar en forma de marcha por las arterias principales de la villa, se oía de vez en cuando, desde lo alto, el zumbido fatal de los aviones alemanes girando cual águilas de acero encima y en torno de la plaza fuerte de Calais.

En esto, sonó la hora de partida. Y después de un viaje bastante fastidioso llegué por fin, ya entrada la noche, a la flamenco urbe de Dunquerque.

De la estación fui derecho a un hotel, y me puse a cenar. Pero todavía no había hecho sino comenzar, cuando me vinieron a anunciar una visita. Y al ir a ver quién era, me encontré con un piquete de tropa, con bayoneta calada, que me condujo por vías estrechas y tortuosas hacia cierto edificio oscuro y de vastas proporciones, semejante a una bastilla. Era la Comandancia de Armas. Me habían tomado por un espía.

El oficial de guardia me recibió cortésmente, y, después de

examinar mi pasaporte, pidió excusas por el error que se había cometido.

Cuando llegué al hotel, ya no encontré qué comer. Pero, en cambio, me hallaba vivo todavía, que era lo esencial para mí.

En esa época comenzaba ya Dunquerque a darse cuenta de la molesta vecindad del frente enemigo. El cañoneo, que era incesante, se sentía aún de día, y de noche se podían distinguir perfectamente hasta los diferentes calibres de las piezas.

También un par de aviones «boches», como decía la gente, venía todas las mañanas a averiguar el movimiento de los trenes.

En los cafés abundaban los oficiales. Entre ellos no faltaban, por lo general, algunos ingleses, a quienes no podía yo menos de admirar por su aspecto marcial y el corte correctísimo y verdaderamente uniforme de sus uniformes, que revelaban en sus dueños tanto al *sportsman* como al militar.

Al día siguiente, fui al Ministerio de Relaciones Exteriores belga, situado en el *Hôtel de Ville*. Y al pisar su puerta de entrada, vi salir de ella a un individuo vestido de oficial británico, acompañado de alguna gente armada. Estaba pálido. Sus labios se contraían de vez en cuando. Y al preguntar yo al sargento de guardia quién era, me contestó que un desconocido a quien se le había encontrado una carta escrita en alemán, y del cual por tanto se sospechaba fuera quizás un oficial prusiano disfrazado de inglés, es decir, un espía alemán.

A juzgar por la dirección que iba tomando su escolta, calculé que lo conducían hacia la bastilla en que yo había estado detenido la noche antes.

No le tuve la menor envidia, a decir verdad, pero en cambio sí bastante lástima, puesto que dicho señor llevaba el 99% de probabilidades de ser pasado por las armas en el término de la distancia.

En aquellos tiempos anormales bastaba a veces la menor sospecha para perder a un hombre.

En esto fui recibido por el secretario privado del ministro. Era éste un joven pequeño y rubio, que usaba lentes, ostentaba el título de barón, y muy amable me repitió lo que me habían dicho ya antes que él el consejero de la Embajada belga en Londres y el coronel en Calais: «nous le regrettons infiniment, mais malheureusement, etc.». Total, nada. Una carta autógrafa del ministro

dándome las gracias, y el consejo de ir a ver a su majestad el rey, en su Cuartel General de Furnes, frente al enemigo.

Hallándome resuelto a todo sacrificio, opté por seguir su consejo. Pero por suerte o desgracia mía se le ocurrió aquella mañana a un aviador alemán ir a lanzar las dos primeras bombas sobre Dunquerque, de las cuales la una atravesó el tejado de un hospital, mientras la otra fue a romper todos los cristales del *Hôtel de Ville*, o sea, el Ministerio de Relaciones Exteriores belga.

El resultado de tan fatal suceso fue, como era de esperarse, un decreto ordenando la salida inmediata de todos los extranjeros transeúntes en Dunquerque, lo cual puso fin a mi *rêve héroïque* en lo tocante a Bélgica a lo menos.

Y en tanto me hallaba al día siguiente en la Comandancia de Armas recogiendo ya no recuerdo qué firma, se me acercó un oficial superior francés y me dijo con aire protector: «¿Por qué no se une Ud. a nosotros, ya que los belgas se niegan a recibirlo?».

«Con el mayor gusto», le respondí en el acto, «siempre que el ejército regular francés no tenga inconveniente en aceptarme».

Pero aún no había terminado la frase, cuando dicho señor me miró de arriba abajo, como escandalizado, y exclamó con voz un tanto irritada: «*comment donc!* ¿nosotros recibir a Ud. en el Ejército regular francés? *Jamais de la vie!* Para señores como Ud., tenemos la Legión Extranjera...».

Y mirándome de arriba abajo una vez más, me volvió la espalda y se fue como si tal cosa.

Semejante respuesta, por cierto algo quijotesca y que honraba tan poco a su dueño como al uniforme que llevaba puesto, en vez de alterarme lo que hizo fue más bien recordarme el caso del príncipe Eugenio de Saboya, a quien Luis XIV, rey de Francia, había obligado también en cierta ocasión, y por medio de una ofensa parecida, a entrar al servicio de Austria con el resultado que conocemos ya por la historia.

Y como yo no me hallaba dispuesto a exponerme a nuevas franquezas por el estilo de la que acababa de prodigarme aquel buen *monsieur*, me embarqué aquella misma tarde para Marsella, a fin de ir a consultar mi caso con el general Pepino Garibaldi, quien no había tenido inconveniente en entrar en dicha legión como comandante o teniente coronel a lo sumo, no obstante el

hecho de haber aportado consigo, y en auxilio de Francia, más de cuatro mil voluntarios italianos.

Cuando llegué a Montpensier, ya él se había ido. Pero vi a su hermano Manfredo, que conocía de antes, y quien después de escuchar mi relato me dijo las siguientes palabras: «El porvenir de Italia está en las costas de Dalmacia. Incorpórese Ud. al ejército montenegrino, y espere nuestra llegada».

No pareciéndome mala la idea, fui a Roma, y, provisto de cartas del cónsul general montenegrino en dicha capital, me embarqué en Bari con rumbo a levante. Después de una travesía un tanto borrascosa y durante la que por poco chocamos con una mina flotante, desembarqué a la mañana siguiente en Albania, o, mejor dicho, en San Giovanni di Medua. Y entusiasmado por el ambiente saturado de aromas y los bellos paisajes orientales que caracterizan las costas balcánicas, seguí mi viaje en coche hasta la ciudad de Escutari, que corona el sombrío castillo de Rosafa, o Darabosh, y, desde allí, atravesando el lago de su nombre y escalando áridas montañas, llegué por fin a Cetinye, o sea, la minúscula capital del también diminuto reino de Montenegro, que, a excepción del Palacio Real, un par de legaciones y tres o cuatro edificios mayores, apenas se componía o se componía entonces de un montón de casuchas habitadas por cosa de cinco a seis mil almas a lo sumo. Pero en medio de aquellas serranías respiraba un pueblo libre y heroico, que, después de resistir durante siete siglos al poder de todos los sultanes, se hallaba en esa época desafiando a las águilas de Austria desde Cataro hasta Sarajevo con un ejército inferior tal vez a quince mil hombres.

Viendo que la respuesta del Cuartel General montenegrino tardaba en llegar, y no sabiendo ya cómo matar el tiempo, se me ocurrió una mañana ir a escalar un vecino monte, coronado por las ruinas de una torre circular.

Tras un penoso ascenso de dos horas y media, me senté a mitad de camino, en un montón de nieve, para descansar un rato, cuando me vi de pronto rodeado por un grupo de campesinos, revólver en mano, que después de sujetarme me condujeron a través de un cercano montecillo hasta las trincheras y baterías montenegrinas dominando la ciudad de Cataro y su famosa bahía, que se extendía a mis pies como un ópalo inmenso.

Fue entonces cuando supe que la montaña aquella era nada menos que el célebre monte Loevzen, y el lugar donde me habían aprehendido, la frontera austriaca.

Mi situación no podía ser más crítica. Un extranjero apresado en el momento de atravesar la línea fronteriza y a la vista casi de las trincheras montenegrinas, era un caso perdido para mí, puesto que ¿quién había de creerme que sólo estaba paseando?

Y mientras me hallaba parado en la nieve, con una pistola aplicada a cada sien, esperando mi sentencia, de muerte probablemente, me acordé de la lejana patria, y un sentimiento de amargura indecible se apoderó de mí por un instante.

Empero, y por fortuna, llegó en eso un oficial montenegrino, pariente del rey, que después de escuchar lo que yo había de decir en defensa mía, en vez de mandarme fusilar me convidó a almorzar, y luego me condujo en persona hasta Cetinye, para que no me fueran a molestar de nuevo en el camino.

Entretanto había llegado la respuesta del Cuartel General montenegrino, alegando lo de siempre, que la Entente no admitía en sus ejércitos regulares más que a súbditos de naciones aliadas. Y como yo no me hallaba dispuesto a cambiar de nacionalidad con tal de poder entrar en las filas aliadas o centrales, resolví regresar a mi tierra sin demora, cuando, al ir a despedirme del ministro de Relaciones Exteriores, o sea, el Dr. Martinovich, me dijo éste y con insistencia me rogó hiciera otro esfuerzo, en Serbia, y añadió que él había teleografiado ya al gerente de la guerra en Nish, anunciándole mi visita.

No deseando contrariar a dicho señor por haberse portado conmigo como un perfecto caballero, decidí seguir su consejo. Pero primero fui a Escutari con intención de descansar allí un par de días.

Dicho descanso resultó ilusorio, sin embargo, a causa de los combates encarnizados que se libraban entonces en dicha ciudad casi todas las noches entre las barriadas cristianas y musulmanas, y durante los cuales los muertos del susto resultaban ser por lo general todavía más numerosos que los de bala.

Lo cierto del caso es que los *melisors*, protegidos por Austria, y los mahometanos, protegidos por Italia, formaban adrede en esa época aquellas algaradas para poder seguir percibiendo las subvenciones en plata, armas y municiones que dichas dos naciones

rivales les seguían suministrando con una prodigalidad rayana en derroche.

Viendo, pues, que descansar allí era punto menos que imposible, me fui a Durazzo, que por ser mayor que Tirana, Elbasán y Berat, es considerada como capital de Albania. Pero allí me sucedió lo propio, puesto que apenas había desembarcado recibí una carta del príncipe Bibdóda, partidario y socio del sanguinario Esad Pachá, convidándome a que me quedara unos cuantos meses para ayudarles a reorganizar el ejército.

No juzgándome digno de tanta honra, me embarqué en el acto para Grecia; y haciendo escala en Valona, Córeyra, Patras Corinto y Atenas, tomé el primer vapor que salía para Salónica y no paré hasta que llegué a la ciudad de Nish, donde pasé la Nochebuena muy amenamente en el restaurante a la moda «Ruski Kral» en compañía del «mundo elegante» de Belgrado, que se hallaba todavía refugiado allí.

Las exquisitas *toilettes* de las señoras formaban extraño contraste con sus rústicos alrededores. Y la función cinematográfica de gala que se celebró en dicho local esa noche con motivo de la recuperación de Belgrado, estaba muy poco de acuerdo con la magnitud de la victoria que la había precedido.

Al aclarar el día, fui a oír la misa de Navidad en la capilla católica. La presidía el ministro belga. Y entre la numerosa concurrencia figuraba también un crecido número de prisioneros austriacos, muchos de los cuales estaban heridos. Causaba pena ver a aquellos desgraciados que en ocasiones no sabían ya casi cómo dominar su emoción.

Por la tarde me presenté en la Secretaría de Guerra. El ministro era un coronel bastante joven todavía, que, haciendo gala de su franqueza de verdadero militar, me dijo al punto que mi solicitud era inadmisibile; mas, agregó, *en charmant camarade*, que yendo a ver al ministro ruso en Bulgaria, que era un *bon type*, tal vez la cosa se dejaría arreglar todavía.

Pues bien. Fui a Sofía. Y cuando el ministro moscovita me salió también con que «pas posible, mon cher...» me pareció como que la sala con los muebles y todo se hallaba dando vueltas en torno mío.

Empero, y para suavizar sin duda el rudo golpe que acababa de asestarme, me ofrendó dicho señor una carta de agradecimiento

y autógrafa suya, que mostré más tarde también al mayor von Goltz junto con las que me habían dedicado ya antes que él el ministro de Relaciones Exteriores belga y los de Guerra de Serbia y Montenegro. Y al despedirme tuvo aquel insigne diplomático todavía la fineza, *insouciance*, o acaso candidez de insinuar que tal vez Inglaterra, o el Japón...

Excuso decir cómo saldría yo de aquella Legación, en que acababa de gastar mi último cartucho.

A decir verdad, mi desmesurado entusiasmo por la raza latina me había costado muy caro, y en ocasiones poco faltó para que me costara hasta la vida, puesto que los que no me tomaron por loco, de seguro que me tomarían por un espía.

Presa del más vivo desengaño, fui entonces a mi hotel a ver si se me despejaba un poco la mente, que hartó falta me hacía.

En esto pasaron algunos días, y entre las personas de nota con que llegué a relacionarme figuraban el ministro turco Fethi Bey y el mayor von Goltz, agregado militar alemán en Bulgaria, quienes parecían hallarse ya al corriente de lo ocurrido, y en vez de hostilizarme procuraron más bien consolarme mediante una franqueza leal y caballerosa.

Tanto fue así, que a principios de enero (1915) me hallaba yo ya en camino de Constantinopla, donde fui muy bien recibido no sólo por Enver Pachá, sino también por los generales von Liman y von Bronsart Pachá. Y transcurridas otras tres semanas alcé de nuevo el vuelo rumbo a levante, en pos de las heladas montañas de Caucasia, para ir a combatir contra los rusos en calidad de oficial del ejército regular otomano, y por lo tanto también de los ejércitos centrales, mas sin por eso haber jurado la bandera ni renunciado a mi nacionalidad venezolana, sino sólo y únicamente bajo *parole d'honneur*.

De esa manera fue, pues, como la hospitalidad que yo había solicitado en vano a las puertas de la Entente me vino por fin a ser brindada espontánea y generosamente por aquellos de quienes menos lo hubiera esperado, es decir, por los turcos y la brillante oficialidad de carrera alemana.